

la globalización: una aproximación desde la historia

Hugo Fazio Vengoa *

¿Por qué el abuso de metáforas? Ellas revelan una realidad emergente pero aún fugitiva del horizonte de las ciencias sociales... Las metáforas abundan ante la falta de conceptos. Nos encontramos aún apegados a un instrumental teórico construido al final del siglo XIX. Clase, individuos, Estado y desarrollo son nociones forjadas en el interior de una entidad nodal, la Nación, pero, cuya crisis se agudiza de cara a los cambios actuales.

Renato Ortiz, La globalización de la cultura, Buenos Aires, Alianza, 1996.

Renato Ortiz, en su interesante libro citado en el epígrafe, señala que el uso recurrente de metáforas para denotar las grandes transformaciones de finales de siglo -"primera revolución mundial" (Alexander King), "tercera ola" (Alvin Tofler), "sociedad informática" (Adam Schaff), "shopping center global" (Theodore Levitt), "sociedad amébrica" (Kenichi Ohmae), "aldea global" (Marshall Me Luhan), "fábrica global", "tránsito de la sociedad de high volume a otra de high value (Robert Reich), "universo habitado por objetos móviles" (Jacques Attali), "fin de la historia" (Francis Fukuyama), "ciudad global" (Saskia Sassen), etc., son una evidente demostración de que estamos entrando en una nueva era, cuya realidad escapa al horizonte de las ciencias sociales.

En efecto, la mayor parte de estas disciplinas se han desarrollado conceptual y analíticamente en torno a la dimensión nacional; el mercado, el desarrollo, la identidad y la idea de soberanía se conciben en el ámbito de la nación o asociadas al Estado. Esto sigue ocurriendo cuando comenzamos a asistir a un período en el cual los grandes problemas a los cuales nos vemos abocados —flujos financieros, transnacionalización, comercio mundial, erosión del Estado nación, supranacionalismo, narcotráfico, migraciones, etc.—, desbordan con creces esta dimensión y no pueden ser reducibles a fronteras territoriales específicas.

* Profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia y del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes.

Por lo tanto, una de las dificultades que enfrentamos a la hora de tratar de entender nuestro voraginoso presente radica en que los problemas inmediatos desbordan los marcos en que se ha movido la tradición intelectual. Como acertadamente señala Octavio Ianni, estas metáforas, que no son simples artificios poéticos, "sino una forma de sorprender lo impondre rabie, fugaz, recóndito o esencial, oculto en la opacidad de lo real", son trazos fundamentales de las configuraciones y de los movimientos de la sociedad global¹. Si bien cada una de estas formulaciones precisa determinados aspectos de la emergente realidad mundial o pretende llamar sobre todo la atención sobre algunos de estos elementos, todas ellas tienen en común el hecho de haber sido estimuladas por el clima intelectual creado por los procesos de globalización que, a la postre, las incluye y define.

En este sentido, seguramente no es del todo improcedente afirmar que si la década de los años ochenta transcurrió bajo la impronta del discurso de la postmodernidad y del postmodernismo, como intentos de definir nuevos marcos de lectura de nuestro presente, la década de los años noventa ha encontrado su común denominador en la globalización.

En efecto, en los medios de comunicación, en los discursos políticos y obviamente también en los círculos académicos el uso de este término se ha popularizado y se recurre a él para denotar las grandes transformaciones que caracterizan al mundo contemporáneo o para explicar por qué tal o cual política se ha vuelto una práctica comete.

Pero, ¿qué se entiende por globalización? ¿Cuál es la esencia de los procesos y situaciones que se asocian con la globalización? No es unívoco el sentido que en la literatura especializada se le da al término. Algunos lo utilizan para dar cuenta de los grandes cambios que, en los últimos tiempos, han introducido transformaciones sustanciales en el ámbito de la economía, la política, la sociedad y la cultura en el plano nacional y a escala planetaria. Para otros, la globalización, como proceso impersonal que no se asocia a ningún país o sistema en particular, que soslaya las relaciones de poder internacional, es un buen sustituto de la difunta expresión "nuevo orden mundial", acuñada por el entonces presidente norteamericano George Bush, en vísperas de la guerra del golfo, para definir el mundo de postguerra fría. En otros, la globalización se convierte en una excelente coartada que permite explicar el por qué de las políticas de ajuste o simplemente es una justificación de que nada se puede hacer por cuanto nos encontramos a merced de fuerzas y procesos que trascienden la voluntad y la capacidad de la acción política. Los últimos consideran la globalización como una nueva forma de imposición de Occidente, con su cultura, tradiciones, formas de vida y consumo.

Por su amplia difusión así como por la profunda significación que se le da al término, la globalización se ha convertido en un importante referente de las relaciones internacionales contemporáneas, aunque valdría la pena aclarar que no se le puede asociar con fenómenos estrictamente internacionales, ya que es un proceso que abarca y vincula por igual al sistema internacional y a las diversas sociedades nacionales. En realidad, la globalización es un proceso que desdibuja las fronteras entre lo interno y lo externo e induce a un nuevo tipo de vinculación que articula multifacéticamente estos dos ámbitos.

En la acepción más corriente que se le da al término, se utiliza para describir la creciente interdependencia e integración que se produce entre los pueblos a raíz de las facilidades que existen para que las ideas, las imágenes, los productos y el dinero fluyan a través de las fronteras como resultado de los recientes avances tecnológicos. Esta mayor asiduidad en las interconexiones conduce, por su parte, a una creciente interdependencia y homogeneidad y dispone a los distintos actores nacionales e internacionales hacia una creciente cooperación e interdependencia.

Si el término se ha popularizado en la década de los años noventa, algunos antecedentes intelectuales prepararon el terreno para su rápida difusión. Un análisis etimológico del concepto nos remonta a finales de la década de los años sesenta. En esa época, el profesor de la Universidad de Toronto, Marshall Me Luhan, acuñó la expresión "aldea global" para denotar el acercamiento que se estaba produciendo entre los pueblos a raíz de las grandes transformaciones tecnológicas y comunicacionales que estaban poniendo en interacción directa a los individuos y a las sociedades de diferentes latitudes y que estaba conformando la comunidad mundial.

Posteriormente, el politólogo norteamericano de origen polaco, Z. Brzezinski, Consejero Nacional de Seguridad del presidente norteamericano J. Cárter, sostuvo que los cambios tecnológicos que se estaban produciendo en el planeta aunados al poderío norteamericano estaban conduciendo al surgimiento de la primera sociedad propiamente global. Esta idea se basaba en el hecho de que Estados Unidos realizaba más del 65% de las comunicaciones mundiales y había logrado universalizar su modo de vida, sus técnicas, sus productos culturales, sus modas y tipos de organización².

En esta primera etapa, el término pretendía dar cuenta de los cambios tecnológicos y comunicacionales que estaban alterando de manera radical las sociedades modernas y acercando a los distintos pueblos en torno a patrones culturales y comunicacionales compartidos. Sin embargo, en ese entonces su radio de acción y de difusión fue limitado.

Una nueva etapa, en la que el concepto ingresó al vocabulario corriente de los académicos y estrategias gerenciales, se inauguró en la década de los años ochenta con la literatura sobre las formas de gestión de las firmas multinacionales. Robert Boyer³ distingue, al respecto, cuatro acepciones del término tal como se empezó a utilizar a partir de esta década. Theodore Levitt, en 1983, recurrió al término para evidenciar la creciente interpenetración de los mercados en el mercado mundial. Kenichi Ohmae posteriormente le dio un nuevo sentido a la globalización cuando la asoció a una forma de gestión de la empresa multinacional que se integraba a escala mundial. La tercera acepción se refería al hecho de que, dada la extrema movilidad de la empresa transnacional, los espacios nacionales debían ajustarse a las exigencias del medio externo. En este sentido, globalización implicaba la superposición de las empresas multinacionales sobre los Estados en la definición de las reglas del juego prevaleciente en el sistema internacional. Por último, la globalización pasó a mostrar una nueva configuración de la economía internacional que se caracterizaba por la emergencia de una economía globalizada en la que las economías nacionales se descomponían y después se rearticulaban en un sistema que operaba directamente a escala internacional.

En resumidas cuentas, durante los años ochenta se produjo un brusco cambio en el significado que se le asignó al término "globalización": de fenómeno básicamente cultural y comunicacional se convirtió en un asunto económico y de nuevo mecanismo de interacción entre los diferentes pueblos y comunidades pasó a ser una nueva forma de gestión de las empresas que reorganizaban espacialmente la producción, el mercado internacional e integraban los circuitos financieros. Es decir, con esta modificación en el uso que se le dio al concepto, la globalización pasó a implicar el surgimiento de unas relaciones sociales y económicas capitalistas enteramente nuevas que determinaban en sus aspectos fundamentales el funcionamiento del sistema internacional contemporáneo⁴. La globalización en esta acepción fue la manera como los especialistas en administración y *marketing* percibían el mundo en el que se planteaba una gestión empresarial adaptada a la complejidad del medio competitivo con el objetivo de maximizar los beneficios y consolidar la participación en el mercado mundial.

No obstante sus múltiples acepciones, en la década de los años ochenta e inicios de los noventa, la globalización tuvo en común el hecho de referirse a una nueva lógica empresarial y a la organización de las empresas en un mercado de dimensiones planetarias. No fue extraño que el término se popularizara en la versión inglesa, es decir, como "globalización" y no como "mundialización". Como lo recuerda Armand Mattelart, en inglés el término global es sinónimo de "holístico". A dife-

rencia de la palabra "mundialización", tal como existe en diversas lenguas latinas, que hacen referencia a una dimensión geográfica, en inglés remite explícitamente a una filosofía globalizadora, es decir, a la idea de una unidad totalizante o unidad sistémica. La empresa global es una estructura orgánica en la que cada parte está destinada a servir al todo⁵.

Pero, a partir de estos antecedentes, ¿cómo debemos, en la actualidad, interpretar la globalización? ¿Como un proceso que está gestando una nueva era en la historia de la humanidad? ¿Como un período transicional hacia la configuración mundial de posguerra fría? ¿Como un simple nuevo estadio en el desarrollo del sistema mundial que ya lleva aproximadamente cinco siglos de existencia? ¿Como un nuevo discurso que pretende incidir en el curso de la realidad planetaria del mundo de posguerra fría? O sencillamente, ¿como un nuevo fenómeno gerencial o comunicacional?

De la respuesta que le demos a cada uno de estos interrogantes se desprenden disímiles perspectivas analíticas de la globalización para la década de los noventa. Algunos autores sostienen que este proceso se explica por el ingreso en un nuevo estadio de desarrollo del capitalismo⁶, otros lo asocian a un mundo postmoderno⁷ y los últimos, lo perciben como un intento de rehegemonización en condiciones en que se desvaneció la configuración planetaria de la época de la guerra fría⁸. A su manera, cada una de estas explicaciones se fundamenta en presupuestos válidos. Pero, el problema es que la mayoría de las veces estas interpretaciones realizan una mirada tan inmediata y parcial que no permiten percibir la naturaleza real de los procesos actualmente en curso.

Por esta razón, en este trabajo nos hemos puesto como propósito establecer un marco de análisis que permita dar cuenta de los diferentes tópicos a los que los interrogantes anteriores se refieren. En tal sentido, opinamos que si bien el concepto es relativamente nuevo y muchas de las situaciones a las que remite son también recientes, la globalización no puede entenderse al margen de una determinada historicidad. Esto, por su parte, no significa que sólo a través de las grandes categorías históricas se puede entender nuestro convulsionado presente. Simplemente con ello queremos señalar que si nos proponemos visualizar nuestro presente en una perspectiva más amplia podremos comprender de modo más cabal el alcance y las orientaciones de los múltiples procesos de globalización que se encuentran en curso.

Cuatro presupuestos se encuentran en el trasfondo de nuestras inquietudes. De una parte, consideramos que el gran legado braudeliano⁹, de percibir la historia en una perspectiva de larga duración, como historia total y economía mundo, etc.,

puede ser de gran utilidad para crear un marco de aproximación distintivo de la globalización.

De otra parte, un análisis estrictamente conceptual ahistórico y atemporal de la globalización puede llevarnos a reproducir buena parte de los defectos u omisiones, característicos de gran parte de los estudios consagrados a este tema, como por ejemplo: la ausencia de análisis políticos que especifiquen la naturaleza de las relaciones de poder en el contexto Norte-Sur, la superficialidad del cuestionamiento al orden neoliberal impuesto por las naciones desarrolladas en los países del sur y el cierto menosprecio por las visiones que sobre estas temáticas se producen en latitudes diferentes al "estrecho" mundo anglosajón¹⁰.

En tercer lugar, una ubicación de la globalización en su dimensión histórica nos sugiere indicios para discernir los elementos que se derivan de la ideología y los que provienen de la realidad. "Un procedimiento tal puede contribuir a esclarecer el papel que desempeña desde el punto de vista de las relaciones de fuerza entre los actores de la vida social y política, situar los problemas y comprender los límites y las contradicciones en el marco de las realidades del momento. Se trata de establecer la relación que existe entre el nuevo discurso sobre la globalización y la economía política de la mundialización"¹¹, entendiendo el discurso como una ideología de la globalización, la que como cualquier ideología, reproduce parcialmente la realidad y que con la justificación factual de algunos de sus elementos alcanza cierta legitimidad.

Por último, una perspectiva de análisis que involucre a la historia como proceso y conocimiento nos permite reubicar nuestro presente en el trinomio pasado, presente y futuro, dado que las tendencias actuales en los noventa sugieren que estaríamos asistiendo a lo que Zaki Laidi denomina el tiempo mundial¹², el cual "mina la idea de proyecto nacional histórico". Las naciones cada vez se encuentran en peores condiciones para justificar su existencia en relación con un pasado o con un futuro. "El tiempo mundial es ante todo una fenomenología del presente. Su fuerza y su sentido residen en su capacidad de "emitir señales", es decir, vincular fenómenos entre sí y hacerlos entrar en resonancia". Ofrece a las sociedades con historias singulares un presente común. En tanto que momento histórico, el tiempo mundial busca naturalmente desvincularse del pasado, realizar una ruptura con él a través del discurso de adaptación a la globalización. "Pero la singularidad del tiempo presente es que esta ruptura con el pasado no trae consigo ninguna idea de futuro. La fortaleza de la urgencia en nuestra sociedad refleja esta sobrecarga del presente ante el cual expresamos nuestras expectativas y que nos conduce a exigir

del presente lo que antes se esperaba del futuro". Por todo el mundo, las sociedades políticas parecen estar confrontadas a los mismos problemas, a los mismos desafíos, incluso en la manera de enunciarlos. "Se habla hoy de la crisis del Estado, de la privatización del sector público, de la transparencia de la administración, de la valorización del capital humano, sin hacer mención a temas más políticos como el tránsito al mercado o a la democracia. De aquí se desprende el sentimiento de vivir una temporalidad única"¹³.

Este sentimiento de vivir la urgencia o la inmersión en el tiempo presente se explica porque hasta hace no mucho nos enfrentábamos a un mundo que se estructuraba en torno al tiempo de la política, lo que implicaba constantes referencias al pasado para el manejo del presente y mantenía el objetivo de proyección hacia el futuro. Con los cambios económicos, tecnológicos y comunicacionales de las últimas décadas se ha comenzado a producir una gran transformación cultural que ha desplazado el tiempo de la política como vector estructurante por el tiempo de la economía y, sobre todo, del mercado, el cual a partir de la velocidad del consumo, de la producción y los beneficios, desvincula el presente del pasado, transforma todo en presente e involucra los anhelos futuros en la inmediatez.

El trabajo lo dividiremos en dos partes. En la primera realizaremos una breve comparación de algunos indicadores de globalización a finales del siglo pasado y del actual. Esta comparación, que es uno de los procedimientos más corrientes que se le asigna a la historia en el estudio del presente, nos permitirá mostrar qué tanto se ha avanzado en los procesos de globalización y cuáles son los argumentos que permiten determinar que éste es un fenómeno actual como tal y no ha sido consustancial a la historia moderna en los últimos cuatro o cinco siglos. Posteriormente, con base en algunos enunciados de la concepción histórica braudeliana, presentaremos algunos elementos que deberían tenerse en cuenta al momento de analizarse la globalización desde una perspectiva histórica.